

Lejos de moverle la defeccion de Prusia, le dió márgen á pedir á Francia nuevas fuerzas. Satisfechísimo estaba del alistamiento de cien mil hombres entre las cuatro clases anteriores; le habia proporcionado para la Guardia imperial, para la reorganizacion de los antiguos cuerpos del grande ejército, una excelente especie de hombres, á la que ya no estaba acostumbrado desde que pedía con un año de anticipacion los conscritos, bajo pretexto de tener espacio para que su instruccion se perfeccionara. Estos individuos de las clases anteriores, algo mas descontentos que los demás el dia de la partida, ya en las filas se les iba el enojo, y les quedaban la talla, los músculos que se tienen á los veinte y cinco años y el valor natural de la nacion francesa. Asi hizo preparar un nuevo senatus-consulta para pedir otros ochenta mil hombres, no solo de las cuatro, sino de las seis últimas conscriciones. Por tanto su poderosa facultad de organizacion se iba á ejercitar sobre muy cerca de seiscientos mil hombres, y para sacarlos proporcionaba un argumento la defeccion de Prusia, no respecto del Senado, que no necesitaba de tal cosa, sino del público ilustrado, que, aun giendo de resultas de tamaños sacrificios, no podía escatimarlos á la vista de los peligros que amenazaban á Francia.

Aun le servia la Prusia de argumento para otra exigencia de distinta especie. En Alemania se habia llamado á todas las clases, bien que empezando por la joven nobleza. Generalmente no se llamaba en Francia mas que á las clases medias ó inferiores. Se libraban las clases elevadas de la conscricion por medio de sustitutos, á quienes pa-

gaban precios excesivos, desde que la guerra se habia hecho tan horriblemente sanguinaria. Tampoco habian contribuido á los donativos voluntarios mas que con su fortuna. Ahora queria Napoleon que sirvieran personalmente en las filas. Lo pensaba hacia largo tiempo, y le pareció la ocasion por extremo oportuna. Como un deber consideraba en Alemania la joven nobleza correr á las armas á la cabeza de todas las clases de la nacion. ¿Por qué no lo habia de hacer igualmente en Francia? Tiempos hubo en que la nobleza francesa no consintió que le tomara nadie la delantera en los campos de batalla; las armas constituian su profesion, su gloria, su pasion más ardiente. ¿Por qué no habia de ser la misma ahora? Sin duda habia una explicacion á su alejamiento del servicio, la de que amaba á la dinastía antigua, y nada á la nueva. Esta razon hacia poca fuerza á Napoleon, ó mas bien le hacia mucha. Admisible se le figuraba para los padres que envejecian en el imbecil retiro de sus castillos, y no lo era ó no lo seria para los jóvenes largo tiempo, teniendo sangre en las venas, y debiendo sentirla fermentar, y no pudiendo creer que la caza fuera bastante, para su edad, su nombre y su porvenir. No habia mas que tomarlos de grado ó por fuerza, reunirlos en un cuerpo que halagara su vanidad por el título, la frivolidad de su edad por la brillantez del uniforme, y una vez trasladados al ejército se les inflamaria, puesto que no se les honrara suponiéndoles menos inflamables al estampido del cañon y á la voz de un gran capitán que el resto de los franceses. Se lograria la ventaja de tenerlos juntos y á la vista, y sobre todo de no dejarlos á la espalda, ociosos y hostiles

dentro de sus respectivas provincias, y en visperas de acontecimientos quizá graves.

Como no se podia proceder respecto de ellos por via de la conscripcion en que habian ya entrado, y entrarian aun por sustitutos, y no habia otro medio que el de coger arbitrariamente, á unos por la fortuna, á otros por el nombre, discurrió Napoleon que convenia investir á los prefectos con facultades para designarlos discrecionalmente, dando por excusa de un modo de proceder tan irregular á todas luces la razon de la igualdad, muy singularmente alegada ahora, pues la igualdad era la conscripcion ni más ni menos. Al pais se le debia decir que, desviviéndose esta clase de antiguos nobles por librarse á fuerza de dinero del servicio militar, el mas penoso de todos, convenia obligarla á que lo prestase como las otras, y usar de los medios necesarios, cualesquiera que fuesen, á fin de conseguirlo.

Por estos medios, cuya naturaleza importaba poco á sus ojos, lisonjeóse de obtener aun diez mil soberbios ginetes, distinguidos por el nacimiento y la fortuna y probabilisimamente por el denuedo. Resolvió formarlos en cuatro regimientos de dos mil quinientos hombres cada uno, con el titulo de regimientos de Guardias de honor, y destinados á servir al lado del emperador y á vestir un brillante uniforme. Aquellos que compusieran estos regimientos debian recibir de sus padres por lo menos mil francos de asistencias y salir con el grado de subtenientes cuando pasaran á otros cuerpos. De consiguiente era un verdadero cuerpo de nobleza, y superada la dificultad de los primeros dias se obtuviera una legion brillante, de la cual se al-

canzaran tantos servicios como de la casa del rey bajo la antigua monarquia. Al punto eligió Napoleon las ciudades de Versailles, Metz, Lyon y Tours para que alli se formaran estos cuatro regimientos, y nombró por sus coroneles á personas notables por su nombre, su graduacion y sus servicios, como el conde de Pully, general de division, el baron Lepiu, general de los granaderos de á caballo de la Guardia, el conde Felipe de Segur, general de brigada, y el conde de San Sulpicio, general de los coraceros.

En cuanto al método del alistamiento se dijo en el senatus-consulta que los prefectos se pondrian de acuerdo con las autoridades departamentales, para la formacion de la nueva legion de caballeria. Teniendo esta comision á cargo, no se debian imponer los prefectos gran violencia, convocando los consejos de departamento, y procurando promover por parte de los funcionarios ó de las familias adictas al gobierno la oferta de algunos de sus hijos, bajo la promesa de que no se prodigaria su sangre, y autorizandose con estas manifestaciones para designar por sí mismos un número suficiente de jóvenes entre los hijos de los propietarios acaudalados, que pasaban el verano en sus tierras, y el invierno en los barrios aristocráticos de las grandes ciudades. Se contaba con el amor propio, con la actividad de los jóvenes para inducirlos á consentir en tales designaciones, y de nó con los medios coactivos, silenciosos pero eficaces, que á la sazón tenian ámpliamente los prefectos á la mano.

Napoleon se hallaba, pues, compensado de la aparicion de un nuevo enemigo con este aumento

de recursos, y tan animado parecia para la guerra como en sus años juveniles. Sin embargo, habiendo atendido con esta extension de sus armamentos á lo que acababa de acontecer en Rusia, le convenia fijarse de igual modo en Austria, que, aun conservando el titulo de aliada, ya tomaba poco á poco el papel de mediadora, y muy luego podia ser conducida á otro papel todavia menos amistoso. Con efecto, desde la defeccion de Prusia, mostrábase apremiante, queria que se le dieran medios de entrar en tratos, de promover la paz que tenia por indispensable, y muy luego iba á ser árduo negarse á darla explicaciones, sobre todo hallándose el príncipe de Schwarzenberg en camino para la capital de Francia, y teniendo tal acceso en la córte de las Tullerías que casi serian imposibles las reticencias respecto de su persona. Observando Napoleon los pasos del Austria, preguntóse si seria capaz de declararse en contra suya; pero se detuvo poco en esta idea por las siguientes razones. En su concepto no era el público tan exigente en Viena como en Berlin, y su córte no era tan débil tampoco. Además, Austria habia contraído con nosotros vínculos de parentesco y de alianza, que constituian, ya que no una cadena indestructible, á lo menos un embarazo, pues el pudor es un yugo que no carece de fuerza. De un golpe no podria el Austria olvidar tanto el matrimonio de María Luisa como el tratado de alianza de 14 de marzo de 1812. Por otra parte, gobernábanla hombres que habian aprendido á temer á los ejércitos franceses. Finalmente, Austria era una potencia interesada, que ante todo y en toda coyuntura procuraria agenciar bien sus cosas, y á

la cual se dominaria por el interés de seguro, esto es, por la donacion de algun rico territorio. Asi Napoleon reducía entonces toda la politica del Austria al temor de la guerra con Francia, y al deseo de ganar algo en este vasto tumulto de Europa, y se engañaba por su desgracia y por la nuestra. No veía que el Austria, interesada sin duda, bien que todavia mas prudente, sobre la ventaja material de una extension de territorio, estimaba con mucho la ventaja politica de reconquistar la independenciam de Alemania, y de establecer asi mejor equilibrio en Europa; y que finalmente, preferia un puesto algo menor en un orden de cosas estable y bien contrapesado que otro mas eminente en un orden de cosas mal equilibrado, odioso á todo el mundo y que no podia ser duradero, como que sobre el odio universal no hay manera de que se funde nada. Además en punto á adquisiciones territoriales, nada habia que no se le ofreciese por parte de la coalicion europea, y que no hubiera predisposicion á darle, de suerte que, declarándose en nuestra contra, ganaria, sobre los ensanches de territorio, una constitucion mejor de Europa, ventaja que apetecia mas que otra alguna. Solo una razon le detenia, el temor de meterse en guerra con nosotros, temor que debia atenuar cada vez mas el aumento incesante del número de nuestros enemigos.

No viendo asi mas que temor é interés en el gabinete austriaco, buscó Napoleon los medios de atraérsele en la misma defeccion de Prusia, é ideó brindarle con los incitativos siguientes. Austria queria y hasta anhelaba la paz, siempre á su modo por supuesto. A su ver esta potencia tenia

manera de promover dentro de breve plazo esta paz tan suspirada y celebrarla á su gusto como tambien al gusto de Francia. Sabia que estaba haciendo armamentos y la empujaba á acelerarlos. Asi completaba el cuerpo auxiliar del principe de Schwarzenberg retirado á Cracovia, y el cuerpo de observacion de la Galitzia, formando además otro de reserva en Bohemia. Ya en totalidad sumaban cerca de cien mil combatientes. Desde el principio de la campaña podia emplear estos cien mil hombres de una manera decisiva, y se le iba á proporcionar la mas natural coyuntura. Con efecto, se habian acogido bastante mal sus aberturas de paz, y con fundamento debia sentir notable disgusto. Por tanto, de seguida se podia constituir en mediadora, intimar á las potencias beligerantes la estipulacion de un armisticio á fin de negociar con descanso, y desembocar despues, si su intimacion no era oida, con sus cien mil hombres de Bohemia en Silesia, coger de flanco á los coaligados, á quienes los franceses iban á acometer de frente, con la seguridad de que, obrando de esta manera, al mes no quedaria entre el Elba y el Niemen ni un ruso, ni un prusiano. Entonces Europa se hallaria á merced de Francia y de Austria vencedoras, y seria fácil hacer la distribucion de los despojos. Para sí tomaria el emperador Francisco la Silesia, la Silesia, perenne asunto de sentimiento para la casa de Austria, una buena porcion del gran ducado de Varsovia, y por último, la Iliria, prometida en todos los casos. Se indemnizaria á Sajonia por la pérdida del gran ducado de Varsovia con Berlin y el Brandeburgo, y se repeleria á Prusia mas allá del Oder, se le dejaria la Vieja Prusia, se

le añadiría la parte principal del ducado de Varsovia, y se constituiria así una especie de Polonia, medio alemana y medio polaca, y teniendo por capitales á Koenigsberg y á Varsovia.

De seguro, lanzando el Austria á Silesia los cien mil hombres que ya estaban prontos, y en caso de necesidad los otros cien mil que lo iban á estar dentro de tres meses, debia asegurar la completa derrota de Europa, y forzarla á entrar en tratados sin tardanza. ¿Pero qué resultado le ofrecia Napoleon para determinarla á que hiciera semejante uso de sus fuerzas? Le ofrecia trasladar á Prusia mas allá del Vistula, no dejarla de sus antiguos Estados mas que la Vieja Prusia desde Danzick á Koenigsberg, y agregarle el gran ducado de Varsovia, esto es, formar de ella una Polonia, y establecer en su lugar entre el Oder y el Elba á la casa de Sajonia. Por tanto, le ofrecia pura y simplemente destruir á la Prusia, porque, transferida á Koenigsberg ó á Varsovia esta potencia, ya no seria una Polonia, como tampoco extendida de Dresde á Berlin seria Sajonia una Prusia. No consiste solamente la fuerza de una nacion en su territorio, sino en su historia, en su pasado, en sus recuerdos. Ya no se podian dar á la casa de Brandeburgo los recuerdos de Sobieski por mas que se le cediera Varsovia, como tampoco á la casa de Sajonia los recuerdos de Federico el Grande por mas que se le cediera Berlin. No los habria ya de Prusia, esto es, de Alemania, y buscando Austria su propia independenciam en la de Alemania reconstituida, no lograria su propósito aunque se añadiera una provincia á su territorio, y aunque esta provincia fuese la Silesia. Austria no seria mas que

una esclava enriquecida, y esto se lo alcanzaba muy de sobra, y cuando no se le alcanzara, se lo hicieran comprender invenciblemente los alemanes indignados. Y si se pregunta cómo á un hombre del eminentísimo genio de Napoleon se le podían ocultar verdades tan palmarias, toda la respuesta se reduce á decir que el talento mas poderoso, cuando se encierra en su mente propia y rehusa penetrar en la ajena, cuando se niega á hacer caso de las miras de los otros para pensar solo en las suyas, se llega á forjar las mas extrañas ilusiones, creyendo poder amoldar el mundo á su antojo. De esta suerte llegaba Napoleon á concebir una Europa de capricho, y á imaginar que con cien mil hombres mas introducidos en sus cuadros, y una batalla mas añadida á su gloriosa historia, compondría la Europa que ideaba en su mente. Sin duda Austria habia odiado de muy atrás á Prusia y echado de menos por largo tiempo la Silesia, y de aqui sacaba que para determinarla á obrar segun sus designios, no habia mas que lanzar como presa á su pasión la Prusia anonadada y la Silesia restituida. No comprendia que un nieto de María Teresa pudiera resistir á tal cebo, ni que un ministro profundamente calculador como Mr. de Metternich se preocupara de los clamores del patriotismo de los alemanes. No comprendia que llega una hora en que todos están obligados á ser hombres de bien y desinteresados, aquella en que una opresion intolerable ha forzado á todos á unirse para echarla abajo; y desgraciadamente produjo esta hora, la produjo para nuestra ruina, haciendo que nosotros, sus primeros oprimidos, fuéramos involuntarios opresores de Euro-

pa. Tampoco descubria, ni aun desde el punto de vista del interés mezquino, que aquellos proyectos de recomponer la Europa á cada triunfo, á cada tratado, con su imaginacion y con su espada, á todos les parecian arena, simple arena, y que ninguna importancia se daba á poseer una porcion de tal arena movediza, cuyas fugitivas ondulaciones podia alterar el viento mas leve. No comprendia que pudiera preferir Austria menos territorio en un orden de cosas estable y natural que mayor ensanche en un orden de cosas ficticio arbitrariamente imaginado y mas arbitrariamente establecido, y esto sin contar que en materia de territorio, segun ya hemos dicho, no se limitaba la coalicion á dirigir ofertas al Austria, sino que se mostraba dispuesta á dárselo todo.

Tales eran las ilusiones de Napoleon y las tristes causas de estas ilusiones. Con todo, él mismo conocia en parte el vicio de sus planes, pues se negaba á revelar de seguida al Austria la especie de Europa que tenia en proyecto, de miedo que retrocediera delante de tan extrañas proposiciones. Su idea era decir simplemente.—Presentad vuestros cien mil hombres en Silesia, sobre el flanco de los coaligados, presentadlos hasta sin que traben pelea, yo me batiré por todos, y repeleré mas allá del Niemen á los prusianos y á los rusos, y en galardón de este servicio os daré la Silesia, y además un millón de polacos sin perjuicio de la Iliria.

Esto queria hacer presente y aun esperaba ser oido. Pero, además del inconveniente de engañarse acerca de lo que deseaba el Austria, habia otro grave por extremo en esta conducta, ya señalado por nosotros, el de introducirla mucho antes de lo

que fuera oportuno en los sucesos, el de darle una importancia peligrosa, el de suministrarle un pretexto para armarse, un medio de cambiar su papel de aliada en el de mediadora, y pronto quizá en el de enemiga, si á las condiciones de su mediacion rehusabamos someternos: y allanarle asi por nuestra propia mano el camino por donde podia pasar sin deshonra, casi sin embarazo, del estado de estrecha alianza al de guerra con nosotros. De lleno entraba, pues, Napoleon en esta falta, y mas todavia por la eleccion del personaje encargado de procurar que prevaleciesen sus ideas en Viena. Nuestro embajador en esta corte era Mr. Otto, que tiempos antes lo habia sido en la de Prusia, hombre sensato, modesto, nunca afanoso por agrandar el papel que tenia á cargo, y verdaderamente cortado para residir cerca de la corte de Austria, si se tratara de vivir en buena armonia con ella, sin dejarle tomar en la politica del momento mas parte que la conveniente. No juzgándole Napoleon con bastante influjo, ni con bastante perspicacia, se ocupó en elegir quien le sucediera, y fijóse en Mr. de Narbonne, de cuya tardía, si bien calorosa adhesion al Imperio, se ha dado noticia. Patriota de 1789, antiguo ministro de Luis XVI, no desmintiendo nada de cuanto habia sido, gran señor, militar instruido, hombre de talento brillante y variado, agudo y de sumo donaire, Mr. de Narbonne era maravillosamente idóneo para quedar airoso en una corte aristocrática, elegante y amaestrada en unir el talento de mundo al de los negocios. Pero no estaba cortado para quedarse mas acá del papel que tenia á cargo, y antes bien se inclinaba á ir mas lejos. Mr. de Metternich, á pesar de su

habilidad, se veria muy apurado para eludir su penetracion y sus vivas instancias, y para un papel activo no se podia desear mejor agente. Siempre quedaba por averiguarsi convenia agitarse en Viena del modo que se iba á efectuarlo (1).

Napoleon eligió, pues, á Mr. de Narbonne por embajador suyo, y tanta prisa tenia de despacharle, que ni aguardó al príncipe de Schwarzenberg, encargado de revelar en Paris los designios del Austria. Harto poco le importaba en efecto conocer las miras de esta corte, pues, no tomándolas en cuenta para nada, le queria inculcar las suyas, y además nunca llegaria Mr. de Narbonne demasiado pronto, debiéndose abrir nuevamente la campaña dentro de pocos dias. Napoleon, no le dijo de buenas á primeras qué clase de Europa se estableceria cuando la paz fuese celebrada, y limitóse á manifestarle no mas que la primera parte de su secreto, esto es, que convenia que el Austria llevara sus cien mil hombres á las vertientes de Silesia, que intimara á los coaligados hacer alto, cosa á que no se avendrian segun todas las probabilidades; que los

(1) Napoleon en Santa Elena ha deplorado la eleccion de Mr. de Narbonne, y haciendo justicia á sus raros talentos y á su buen celo, ha dicho que se resintió de funesta por las mismas cualidades del individuo, pues empujó al Austria á que se quitara la máscara demasiado pronto. Verdad es que Mr. de Narbonne quizá fué perspicaz y emprendedor de sobra en Viena; pero se ya á ver que era mucho menos culpable que sus instrucciones, y que la falta positiva, que Napoleon, exento en Santa Elena de todas sus preocupaciones, descubria ya tarde, estaba en el gobierno francés y no en Mr. de Narbonne. Bien pronto la continuacion de nuestro relato va á esclarecer este punto de historia tan curioso y tan triste.

cogiera entonces por el flanco, mientras personalmente los cogia de cara, y que aceptara en premio de la victoria comun la Silesia y una porcion de la Polonia con la Iliria. Provisto de estas proposiciones se puso Mr. de Narbonne en camino.

Habiendo logrado Napoleon cuantos alistamientos deseaba, y dirigido su diplomacia segun se ha visto, ya se aprestaba á entrar en campaña. A la sazón corrian los últimos dias de marzo de 1813: rápidamente adelantaban sus diversas creaciones militares, merced á su actividad irresistible: solo le detenia la caballeria, no organizada tan pronto como quisiera. Sin embargo, preparóse á emprender la marcha para mediados de abril, impaciente como estaba por realizar el magnífico plan de campaña que habia concebido. Para esto dictó sus últimas providencias. Algunas reconvencciones dirigió al príncipe Eugenio por haber retrocedido tan pronto y á tanta distancia, no porque sintiera los pasos que se hacian dar á los coaligados, pues al revés deseaba que se vinieran á colocar lo mas cerca posible de sus golpes. Pero le dolia el tiempo de que le privaban estos rapidísimos progresos del enemigo; y juzgaba que se veria obligado á anticipar lo menos veinte dias la época de las hostilidades, cosa que le contrariaba sobremanera, pues durante veinte dias perfeccionara mucho sus armamentos. Mas que nada sentia los caballos que le hacia perder el abandono de los territorios alemanes, y no calculaba en menos de doce á quince mil esta pérdida enorme. Tambien censuró al príncipe Eugenio por habersa apoyado de sobra á la derecha, y por haber descubierto á Hamburgo, que convenia poner al abrigo del con-

tagio de las pasiones germánicas, y solo por cubrir á Dresde, lo cual importaba poco, segun se vera antes de mucho. Por lo demás censuróle paternalmente como solia, no usando respecto de su persona de aquellos sarcasmos punzantes con que abrumaba á sus hermanos, únicamente porque abrigaban pretensiones: Trazóle su conducta, y le indicó en términos generales el plan de operaciones que sigue.

Recomendóle que no se cuidara del camino de Dresde á Erfurt, Fulda y Maguncia, pues importaba poco que el enemigo penetrara é hiciera allí progresos; y por el contrario le previno que conservara á toda costa el de Magdeburgo, Hannover, Osnabruck, Wesel, que pasaba por la baja Alemania, y le encargó que tan solo dedicara á este sus desvelos. Estableciéndose fuertemente sobre esta linea, guardaba el príncipe Eugenio la mayor parte del curso del Elba, cubria á Hamburgo que iba á ser recuperado, á Brema, á Holanda, á Westfalia, y en suma á la parte de Alemania que se habia querido hacer francesa. Si, aprovechándose de esta disposicion los coaligados, penetraban por Dresde y avanzaban hasta las montañas de Turingia, hasta los famosos campos de Jena, no habia que concebir susto, sino solo cambiar de frente por una conversion que se ejecutaria con la izquierda adelante y la derecha á retaguardia, esto es la izquierda en Eisenach y la derecha en Wittenberg, vuelta la espalda, á las montañas de Hartz. Una vez tomada esta posicion por el príncipe Eugenio, iria Napoleon por Hesse ó Turingia con ciento ochenta mil hombres á alargarle la mano y á unírsele junto al Elba; juntando entonces doscientos cincuenta

mil hombres, cortaría á los coaligados de Berlin y del mar, los arrollaría y acorralaría contra las montañas de Bohemia, despues de un segundo paso tomaría á la capital de Prusia, levantaría el bloqueo de las guarniciones francesas de Stettin, Custrin, Glogau, Thorn, Danzick, y al cabo de un mes se volvería á ver triunfante á orillas del Vístula.

No se podía lanzar sobre el campo de batalla, que iba á ilustrar con tal altos hechos de genio, de heroismo y de infortunio, una mirada que mas mereciese la calificación de mirada de águila, pues cabalmente sus resultados previstos tan á maravilla eran los que se iba á cargar encima la imprudencia de los coaligados muy pronto. Segun su costumbre añadió Napoleon á estas miras generales la indicación puntual de los pormenores. Censura al príncipe á consecuencia de haber llevado al temible y temido mariscal Davout á Dresde, donde convenia sosegar y suavizar á los buenos sajones, en vez de reservarle para Hamburgo y la baja Alemania, donde se necesitaba un hombre terrible. Con efecto bastaba el nombre de este mariscal para hacer temblar á las comarcas del bajo Elba, donde ya habia hecho sentir la doble dureza de su carácter y del sistema imperial; nunca en su provecho, fuerza es repetirlo, y siempre para la ejecución de las órdenes de su soberano. Napoleon quiso que se le volviera á enviar á aquel punto, para suplir con el temor que infundía su nombre lo que pudiera faltar bajo el aspecto de los recursos militares. Acababa de recibir el mariscal Davout sus segundos batallones en número de diez y seis, reorganizados recientemente en Erfurt por el encuentro de los cuadros procedentes de Rusia con

los reclutas que á las márgenes del Rhin iban llegando. Igualmente habia recibido el mariscal Victor los suyos que se elevaban á doce. Napoleon dispuso que se dejara al mariscal Victor junto al bajo Elba, para servir de punto de enlace entre el príncipe Eugenio y el grande ejército que iba á desembocar de Silesia, y que el mariscal Davout bajara á Hamburgo, para recuperar esta plaza. A la sazón se llenaban los cuadros de los terceros y cuartos batallones de los mariscales Davout y Victor junto al Rhin con hombres procedentes de las antiguas clases. Treinta y dos batallones eran destinados al mariscal Davout y veinte y cuatro al mariscal Victor, y añadidos á los segundos batallones ya mandados por ellos, debian hacer subir á cuarenta y ocho los del uno, á treinta y seis los del otro, y á ochenta y cuatro los de ambos. Asi se tendria al cabo de dos meses otro hermoso ejército sobre el Elba. Napoleon halló un nuevo medio de aumentarlo con veinte y ocho batallones. Se ha dicho que en las plazas del Oder se habia guardado el cuadro de los primeros batallones de estos antiguos cuerpos. Pero aconteció que los cuadros de dos compañías bastaron para recibir los soldados vueltos de Rusia. Como habian existido treinta y seis regimientos, resultaba un total de setenta y dos compañías, que, aumentado con las de los buques y con las numerosas tropas de artillería y de ingenieros, dejadas junto al Vístula y el Oder, suministró las guarniciones de Stettin, Custrin, Glogau y Spandau. Tocante á las guarniciones de Danzick y de Thorn, se debe hacer memoria de que se sacaron de las divisiones de Heudelet, Grandjean, Loison, etc., agregándolas un resto de tropas bá-

varas. Así los cuadros de los primeros batallones, con excepcion de dos compañías de cada uno, tornaron hacia el Rhin del todo disponibles, y supliendo Napoleon dichas compañías, organizólos con las de depósito por completo. Todos estos cuadros se debian llenar por los hombres ya hechos de las antiguas clases. De esta suerte dentro de pocas semanas los mariscales Davout y Victor, ya provistos de sus segundos batallones, recibirian además los primeros, terceros y cuartos, que formarían ciento doce de ochocientos hombres cada uno, y les proporcionarian hasta noventa mil infantes. Se les preparaban trescientas bocas de fuego en las plazas de Westfalia, de Holanda y de Hannover. Y les debian suministrar muy bastante caballería los cuadros de dragones y de cazadores procedentes de España, de modo que, aparte de los trescientos mil hombres, con que Napoleon iba á abrir la campaña, se proporcionaba otro ejército de ciento diez mil soldados junto al bajo Elba. Sin embargo, como la insurreccion de Lubeck y de Hamburgo hacia urgentes los socorros, Napoleon hizo partir desde luego cierto número de estos batallones que ya estaban listos, y los envió á los departamentos anseáticos á las órdenes del general Vandamme. Hallándose á lo largo de la ribera del Rhin todos estos batallones, embarcados fueron sobre sus aguas, tan luego como se les vistió un uniforme, y tomando tierra en Wesel, se les puso en camino de Brema. Con solo el nombre del general Vandamme bastaba para producir una impresion fuerte sobre estas poblaciones rebeladas. Añádase que el régimen constitucional fué suspendido en toda la trigésima segunda demarcacion

militar comprensiva de los países del bajo Rhin á bajo Elba, estableciéndose allí el régimen de las comisiones militares.

En Maguncia, aparte de la Guardia, y de los dos cuerpos del Rhin, á cuya organizacion se acababa de dar remate, y ya distribuidos entre Francfort, Wurzburg y Fulda, proyectaba Napoleon una nueva creacion con el resto de los cuadros llamados de España. Se despachó mas allá de los Pirineos la orden terminante de no dejar allí mas que los cuadros necesarios para el número de hombres existentes, cosa que quitaba algunos soldados de preferencia, si bien poca fuerza numérica á España. Estos cuerpos llegaban sucesivamente en posta, y Napoleon previno que se llenaran con los ochenta mil hombres de las seis antiguas clases, cuyo alistamiento acababa de ser decretado. Segun hemos dicho, los cuadros sacados de España eran inmejorables. Hecho habian la guerra en que mejor se forman los oficiales, la guerra de sorpresa, para la cual se requiere que obren casi como generales. Acostumbrados estaban á la fatiga, no habian servido á las órdenes de Napoleon ya hácia largo tiempo, ambicionaban el honor de estar bajo su inmediato mando, y llegaban poseidos de ardimiento, al par que los cuadros procedentes de Rusia, aun no dejando nada que desear bajo el aspecto de las cualidades militares, se encontraban extenuados y animados de un resentimiento que estallaba en frases peligrosas (1). Estos últimos ne-

(1) La correspondencia del príncipe Eugenio, del duque de Valmy, del general Lauriston, del mariscal Marmont y de los ministros franceses en el extranjero, comprueban el hecho de una manera positiva.